

Luis Armenta Malpica***AGUAFUEGOS DEL PEZ**

Porque también sabía del tiempo suspendido
entre la fina lluvia y los incendios
el pez enrojeció sus alas
poco antes de abandonar el mundo de sus padres.

Viajó.
Siempre observó delante de él
al mundo.
No dejaba las piedras más pequeñas en su ruta
para no tropezarse en el regreso.
Cargaba tras de sí el arrullo del río
 la reunificación de las burbujas
 la caricia del agua
en el oleaje
 y un pedazo de sol
 entre sus branquias.

No dejó detrás de él ningún sueño inconcluso;
la mínima perturbación del agua habría bastado
para darse la vuelta.

Estaba sobre aviso: la gota
era su impulso
el mar
su travesía.
La trayectoria
el iris
lo llevaría hasta el cielo.

* Poeta nacido en México, D.F. Fue Premio de Poesía Aguascalientes, Premio Jalisco en Letras y Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco. Por su labor editorial, recibió la Pluma de Plata (Patronato de las Fiestas de Octubre). Correo electrónico: mantiseditores@gmail.com.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 143-146.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Fue muy lejos el pez:
llegó hasta un vientre preñado de peceras
se asomó por el pecho de la madre
y vio que el mundo era
como lo imaginaba:
redondo y tibio
igual que eran sus ojos.

No alcanzó más allá de dos brazadas
sin que diera las gracias por el líquido
que permitía su paso...
ni pudo retener una burbuja
sin que elevara algunas
en agradecimiento
por el aire...
no quería reincidir en sus hinojos
pero al ver las escamas que protegían su cuerpo
la forma de sus alas y su cola
elevó una plegaria.

Es que el agua, tan agua y primigenia
tenía una luz interna;
el caudal de la luz formaba un río
y en su delta una araña florecía:
maduraba el cangrejo
abandonaba el lecho de su concha
se arrastraba a la orilla
y daba inicio al mundo.

Después de mucho viento
a un paso de ser hombre
se olvidó del océano.
No podía recordar porqué su miedo al agua
al sueño y a los peces.
Y prefirió matarlos
renegar de la estirpe
de su sueño.

Lo que nunca supuso
es que el agua
como era primigenia
nunca lo olvidaría.

El hombre se reencontró en el agua
con sus peces.

Fue demasiado tarde.

El hombre se había ahogado
de memoria.

NOVEDAD DE LA PATRIA

Oigo lo que se fue, lo que aún no toco.

Ramón López Velarde

Para decir la patria habría que estar muy lejos de la muerte
impedirle que llegue hasta los labios
esa cruz de su nombre
pues crece del sarmiento
de una piedra.

*La patria es ilusión. Lo que pisamos y queremos mirar por encima del hombro.
De un pasto casi blanco de tantas municiones. Del rojo que se escurre entre las barras y sin
tener estrellas por techo o distinción. Barrotes que contienen asomo de colores, vislumbre de
lo que ha sido un crimen, pero ninguna culpa. Un espacio disperso, tan adentro del hombre
que no lleva apellidos, únicamente un alias, una letra cualquiera, el distante no sé.*

El pasto se redime si una sombra
—verde guardián del mundo—
de lo que hemos andado
se prosterna en la luz.

*Nos engaña la luz del arbotante. Nos engañan el agua turbia, los jueces y las insti-
tuciones. Pagamos con rodilla el ya no estar de pie, acostarnos envueltos en los miedos que se
han tejido a diario. Nos engaña el gatillo que en su maullar destroza un esternón, el alma,*

la credibilidad de que somos la bala cuando al hablar decimos: no sé, en lugar del supongo. Tal vez, como decían, todo es suposición. Y mientras tanto...

No hablamos de inocencia:
es atributo de árbol hacer blancos los días.
Acaso el sol reseque lo que vemos del mundo
y está solo en los ojos.

La patria es un jardín. Y aquí no hay hoja blanca. Aquí no hay hojas secas. Para decirlo pronto, la única hoja que existe es el papiro. Del tiempo del papiro dan cuenta aproximada sus varias rasgaduras. Las marcas del grillete de la consolación, del siempre ha sido igual, del ya no sé qué haremos, pero habrá de llegarnos el auxilio si rezamos y cumplimos con diezmos y limosnas. Si dejamos los ojos apagados (casi blancos) y nada más leemos la cifra de uno más.

Para limpiar la lápida
habría que buscar dentro del llanto
un surco de semillas.

Al principio la arena era la forma idónea de dar soporte al tiempo. Confusional, acumulada, la arena no fue arena, sino un siglo. A tantos montes, eras. Al continente, la total dispersión. Pero llegaron ellos: los hombres, las palabras. Y con ellas, las voces. Y con todos, los gritos. Del último alarido que la arena no olvida nació lo que llamamos patria. Sin principios, la tierra ya no supo lo que vino enseguida. Lo que vino, enceguese.

A eso que llaman patria
le conozco de oído.